

■ Rafael Alaix Aguilar ■

La educación griega
y los cimientos
de la cultura occidental

122

Grafia

Rafael Alaix Aguilar

La educación griega y los cimientos de la cultura occidental

Artículo de reflexión

Resumen

Este ensayo realiza una semblanza de la educación griega en el largo período que va de la época homérica a la época clásica, y lo hace de una manera elogiosa por considerar que la forma y el contenido de dicha educación son dignos de imitación. Quiere exaltar de esta *paideia* no solamente lo que conquistó para la civilización griega, en la medida en que ésta fue resultado de tal educación, sino también lo que legó y posibilitó para la posterior historia cultural de Occidente.

Palabras clave: *paideia*, tradición, educación, poesía, lengua, gimnasia, guerra, paz, civilización, Grecia.

Greek education and the foundations of the western culture

An article of reflection

Abstract

This article makes a description of Greek education throughout the long period that lasts from the Homeric to the classic age, and it does it in a complimentary manner considering that both the form and the contents of such education are worth of emulation. It is willing to honor this *paideia* not only for what it conquered for the Greek civilization, in the sense that the latter was the result of such education, but also for what it bequeathed to the forthcoming western culture.

Key words: *paideia*, tradition, education, poetry, language, gymnastics, war, peace, civilization, Greece.

*y vislumbramos nuestra unidad perdida,
el desamparo que es ser hombres,
la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos*

Octavio Paz



En este texto se hace un homenaje a la antigua *paideia* griega. Tal vez el lector escéptico se moleste por el hecho de expresarse aquí un sentimiento de respeto reverencial hacia dicha educación, pero lo que se expresa aquí se dice a título de confianza personal y como reconocimiento a una estirpe de hombres sin la cual los mayores logros de nuestra civilización no habrían sido posibles. También se busca mostrar que este precedente de la más noble alcurnia fue heredero a su vez de un linaje elevado.

La espiritualidad del griego de la época homérica sigue viva en el mundo entero, su ser se ha encarnado en cada uno de nosotros. Nuestras vidas serían muy diferentes hoy sin ese antecedente histórico. Es suficiente con rememorar la vida que llevaban nuestros antepasados griegos para intuir que, una vez echados los cimientos, el edificio que se levantaría allí nunca se derrumbaría.

Recordar su *paideia*, su concepción de la educación, es recuperar nuestro sentido vital, el sentido de la existencia humana, tal como ellos supieron configurarlo en su propio modo de ser; es rescatar los elementos con los que está hecho el hombre occidental; es recobrar el germen de todo el porvenir que tiene hoy la civilización. Pues es a partir de aquella poesía épica, de aquella sabiduría y de las hazañas de esos hombres que hemos construido nuestro patrimonio y nuestros referentes culturales. En este sentido, lo más valioso que podemos rescatar de ellos es el ser y el lugar de su educación.

El niño en Grecia era cuidado por su madre hasta los siete años. Durante esta etapa, su rutina consistía en el juego, en acompañar a su madre en los oficios de la casa, en observar la vida de sus mayores varones y escuchar los relatos de sus hazañas como se escucha una oración solemne o un cuento para ayudar a conciliar el sueño. También empezaba el estudio de su lengua, que para ellos era lo más sagrado, la propia vida y la propia patria, la encarnación de la cultura, del quehacer diario, el medio mediante el que podían y debían explicar la realidad y mediante el que se encontraban con el otro en el conocimiento del mundo. La lengua representaba la acción, el logos caballeresco, guerrero, heroico. Fue a partir de ella que se proyectó su ideal de hombre, el ideal del ser griego. Por eso, para ellos, era mejor alejarse de cualquier otra lengua pues podía ser el vehículo de falsos ideales, de una vida sumisa y sin grandeza, de cosas propias de esclavos.

Ya en su juventud, en el contexto de su vida pastoril y agraria, el griego comenzaba a reconocer las propiedades de su familia, a montar los caballos de su padre y a aprender bajo la guía de éste a ser hombre y guerrero. El joven aprendía que los caballos representaban un patrimonio especial, distintivo de la clase noble y caballeresca; además, comenzaba a adquirir una educación literaria, basada en especial en la *Iliada* y

en la *Odisea* de Homero, y en la *Teogonía* y en *Los Trabajos y Los Días* de Hesiodo; estas obras hacían parte de una tradición que la cultura oral había conservado y cuyo conocimiento le protegía de extraviarse.

El conocimiento literario era algo que el griego adquiría tras haberlo heredado, pero también algo que añoraba revivir en su vida; los modelos reales eran sus contemporáneos, en la medida en que podían cultivar y desarrollar la vida heroica propia de la leyenda homérica. Por lo tanto, podemos decir que la educación se le brindaba en forma directa, a través de lo que le transmitían sus mayores, padres y hermanos; y de forma indirecta, en tanto que el contenido transmitido era la memoria de sus antepasados. Su sabiduría y su carácter se formaban con la ayuda de sus mayores, pero siempre a partir de aquellos textos que contenían toda la *paideia* griega. En ellos estaba la lengua y la unidad de la cultura; la gramática, la retórica y el ideal de vida y costumbres: la gloria, la camaradería y amistad de los guerreros, la cordialidad con los mayores y las mujeres; las ocupaciones propias de la edad: cazar, bailar, jugar y cantar juntos o servir de escudero hasta lograr la habilidad y la fortaleza del guerrero.

La educación incluía también todo tipo de ejercicios físicos y deportivos, con miras a la caza y la guerra, cuyas estrategias se aprendían en la acción. La vida misma se hacía en la aventura, donde no había lugar para el ensayo. Los modelos de heroísmo presentes y pasados servían de ejemplo y método a seguir para el caso de la confrontación real, y todo acto era acompañado de una especie de ritual en el que se invocaba a las deidades que participaban moral y espiritualmente de las acciones, pues tenían un dios para cada hecho, para cada acto, para cada sentimiento y para cada intención. La vida y el destino no se daban fortuitamente, se conquistaban con disciplina, con esfuerzo y sentido del honor, aunque con la ayuda de la gracia divina.

Cada generación educada había heredado la *paideia* de la inmediata anterior, al mismo tiempo que conocía y comprendía la misión que le era encomendada. Cada quien individualmente tomaba para sí su propio deber, comprometiéndose a responder ante la siguiente generación, en una carrera de relevos análoga a la que existía en el correo, para hacer más ágil y eficiente la entrega de los mensajes.

Heredar la nobleza y la aristocracia de los padres implicaba una gran riqueza, la mejor para todo griego; pero, así mismo, connotaba una deuda para con los hijos y los nietos. De no realizarse de nuevo en ellos esa *paideia*, se traicionaba a la patria y se perdía el elemento de unidad y de vida de la cultura. Este compromiso con las generaciones venideras es el que expresa Peleo cuando le asigna a Fénix el cuidado de Aquiles: "No eras más que un niño y nada sabías aun de una lucha que no escatima víctimas, ni de las asambleas donde los hombres se hacen famosos. Para esto me había enviado; yo debía enseñarte a ser a la vez un buen orador y un realizador de hazañas."¹⁷ En esto consistía la cadena eterna para conservar la cultura.

Recordemos que Aquiles, como Ulises, Nestor o Agamenón en su tiempo, aprendieron del maestro Quirón todo lo concerniente a las competencias deportivas: la marcha, el disco, la jabalina, la equitación, la lucha, así como la botánica y algunas prácticas medicinales. En las competencias deportivas, en particular las que se realizaban desde temprana edad, se templaba el carácter y se contribuía a formar y vigorizar el cuerpo, haciéndolo saludable y hermoso. Ganar el premio en una competencia, mediante el desarrollo de una estrategia diestra e inteligente, era considerado como sinónimo de disciplina, de positivismo y de un temperamento bien logrado. En el griego, cuerpo y alma eran uno solo: lo que se lograba en el cuerpo se lograba en el alma y, viceversa, lo que le pasaba a la mente le pasaba al cuerpo. No se encontraba un límite entre ambos, formaban una unidad; dialéctica del ser; dialéctica del espíritu.

Las competencias eran de índole estético y deportivo, pero además -se recalcaba esto siempre- reafirmaban la moral y las costumbres del pueblo griego, pues servían para controlar las pasiones, evitar los vicios y cultivar

las virtudes fundamentales: la templanza, la fortaleza y la prudencia. La justicia resultaba de la armonía de estas tres, como lo concluyó Platón siglos después. Por ello, el héroe representaba la protección y la defensa de la patria; pero, también y de modo especial, representaba al hombre bueno, compasivo y sabio.

De ello, ningún ejemplo mejor que el de Aquiles, quien encarnaba todos los proyectos del ideal griego. Aquiles mucho más que un héroe guerrero, fue un ejemplo de hombre ideal, tanto por su nobleza caballeresca como por ejemplificar las cualidades de la ética aristocrática; pues, más allá de su destreza para los deportes, la caza o la aventura bélica, en él se representaban la cortesía, la fortaleza, la lealtad con el amigo y con la patria; el buen hijo que sabe escuchar y aprender de sus mayores, revelando, a la vez, todos los principios de realización del ideal griego; en su ser se arraigó la idea de una misión impuesta por los dioses, para alejar del mundo el elemento bárbaro, para diferenciar la especie humana de los animales y para garantizar la prolongación de una estirpe y la exaltación de una raza que se reconoció muy superior desde su origen.

El pueblo griego hizo conciencia y reconoció que la única forma de saberse y encontrarse superior, dentro de su especie, consistía en el cultivo y refinamiento de este elemento humano que había creado y potenciado a lo largo de su historia. Todo lo demás, dentro del género, podía darse como propio de una naturaleza biológica, instintiva, pero lo humano era algo *sui generis*; en ese concepto se realizaba lo decoroso, lo equilibrado, lo decente, lo espiritual y artístico, lo idealizado íntegramente, constituido desde lo más pasional y recóndito de su fuero interno.

En la *Iliada* se narra que del gran maestro y asesor Fénix, aprendieron el arte de la oratoria, la sagacidad y la estrategia para el quehacer político, a través de la filología, el cultivo de la lengua, el bien hablar, la expresión cortés, resultando importante e imprescindible en la educación homérica el empleo preciso de los vocablos. Con la tutoría de estos maestros, el noble griego adquirió el temple propio del hombre público, el genio y el carácter del hombre que sabe y debe vivir edificando para la posteridad, consciente del camino, del porvenir que con su ejemplo traza para sus hijos y para los reyes del mañana. El noble vivía y luchaba por el honor; pero en especial por la cultura.

La gente común aprendía de su trato con los otros, ciudadanos libres, comerciantes o artesanos, en su quehacer diario; también aprovechaba al peregrino, al sofista, al filósofo o pensador que pasaba enseñando sentencias breves, máximas del pensamiento o teorías sobre el orden del cosmos; de modo que se permanecía en un ambiente de angustia y anhelo por el conocimiento. La posibilidad de ilustrarse, de saber bien cuando menos el idioma griego era ya un privilegio, gracia que algunos podían obtener gratuitamente por su relación con algún aristócrata —incluso un esclavo podía tener tal privilegio, como se puede inferir del **Menón de Platón**. Saber la lengua griega significaba una ganancia y una condición para acceder al discurso del sabio, aprender del contexto general, o tener una oportunidad en la vida pública.

Aunque parezca exagerado, el ideal noble se había convertido en la vida del griego y en el sentido de su existencia, una existencia intensa y digna que se premiaba con la gloria inmortal, la cual resultaba mucho más satisfactoria que cualquier otra vida. El conocimiento de su fuero interno, el *conócete a ti mismo* de Delfos, era una forma de reencontrarse en el hombre ideal que tanto buscaban. Se veían bienaventurados, elegidos, se sentían impregnados de virtudes, como si les fuera imposible cuestionar o deshacerse de aquel poder, de aquella fuerza ejemplar de la tradición. Aquellos principios eran ya parte de su ser, propios de su naturaleza, casi algo psicogenético, heredado por generaciones, diferenciado y especializado en la especie.

La oratoria era para ellos —como para cualquiera hoy— un ejercicio muy complejo. Algunos preparaban sus discursos escribiéndolos; otros, improvisaban en el *ágora*, para luego escribir y corregir; pero los discursos no

fueron leídos nunca, aunque en ellos se citaran textos o pensadores de otras épocas. El orador necesitaba de una ardua preparación intelectual y volitiva, no solo para darle al discurso una estructura armoniosa en función del propósito que quería alcanzar –por ejemplo, en el panegírico, exaltar hazañas guerreras o logros políticos–, sino para pronunciarlo con el tono de voz indicado, un buen manejo de la escena y del cuerpo, y haciendo uso del gesto preciso en el momento adecuado.

Se esperaba del orador que discurriera sobre grandes ideas y que lo hiciera de forma estética; que fuera vehemente en su expresión y la adornara con hermosos ademanes. Los discursos eran contruidos de manera metódica, para que resultaran armoniosos y exactos, eruditos y ricos en contenidos históricos. Los mitos de los antiguos padres de la patria, de la *Teogonía* de Hesiodo o, de la *Iliada* y la *Odisea* de Homero se conmemoraban allí tomando nueva vida.

En los discursos se debatía sobre los asuntos de la patria, especialmente los relativos a la guerra o la paz, pero también se ocupaban de los temas de la libertad, la sabiduría, la ciencia, la virtud, la amistad, la justicia, como en la batalla crítica de Sócrates con los sofistas. En todo esto, se sentía que las costumbres mismas eran las generadoras y reguladoras de la elocuencia. Por esto, siglos más tarde, durante el desmoronamiento y declinar de la cultura griega bajo el poder de los romanos, el autor latino Séneca, dedicado al cultivo de los valores y de la ética, pudo expresar muy sabiamente: "Tal vida, tal lenguaje; allí donde veáis un lenguaje corrompido, podéis afirmar que todas las costumbres están igualmente pervertidas".

Los oradores debían persuadir y conmover al público con su elocuencia dando cuenta de una hermenéutica de las circunstancias en conflicto, de los sentimientos y pensamientos que resultarían en dilema de aquellas, pero también llevaban consigo una solución o un proyecto que el discurso mismo tenía como propósito conseguir. Por ello, la educación homérica cuidaba muchos aspectos de la personalidad y de la acción, por no decir todos; por un lado, estaba el cuidado del cuerpo, la elegancia, el garbo, el vigor y la salud; por otro, el cuidado del hombre, su cultura, su estilo de vida, su cortesía, el cuidado de su alma, su ética, su forma de exaltar e idealizar lo digno de la existencia en la vida de los hombres y los pueblos.

La vida en Grecia fue rebotante y productiva especialmente en ciudades como Atenas y Esparta. Los ideales heroicos, patrióticos y éticos de Homero y Hesiodo ejercieron una gran influencia en la educación, pero el sentido del guerrero caballeresco fue cambiando en la medida en que las ciudades crecieron y se intensificó la vida urbana, determinando y exigiendo más tiempo para otras actividades. El cambio obedecía también a que la fortaleza bélica de estas dos ciudades había alejado el peligro de las invasiones bárbaras; había tranquilidad, se sentía más calor humano en la ciudad; los caballos se destinaron al campo, a la caza y no sólo a la guerra, mientras el medio social y político exigía hombres cultos, no solamente guerreros. La nueva educación puso a disposición otras materias de aprendizaje. Tal cambio, sin embargo, no se produjo sino porque los modelos heroicos, aristócratas y nobles de la época precedente produjeron fruto y la semilla sembrada empezó a florecer: los clásicos de la filosofía hicieron su aparición en el escenario como nuevos protagonistas.

Atenas crecía en todos sus aspectos. Mientras que en ciudades como Esparta, el elemento bélico había estado asociado siempre a la vida colectiva, y en la comunidad descansaba el poderío de los ejércitos, la vida individualista era lo distintivo de Atenas. En el sentido de ese desarrollo individualista se podían leer las gestas de héroes míticos como Aquiles, Ayas y Ulises, pero también la labor de sus propios sabios, como el gran legislador Solón en el siglo VII A.C. Atenas ofrecía una vida urbana, más civil, en donde el ciudadano educado se encontraba en el medio social y político propicio para potenciarse y desarrollarse. Los ciudadanos libres además de aprender de la tradición mítico-literaria, eran hombres públicos, diplomáticos que sabían

conquistar con la cortesía y la elocuencia el favor de las gentes. El comerciante aceleró e incrementó su actividad en el mar gracias a la industria naval, al tiempo que las matemáticas se requirían cada vez más en las vastas relaciones comerciales, en los problemas de la industria naval y de la construcción de viviendas. El esplendor de Grecia se elevaba así a su máxima expresión.

Esta complejización de la vida hizo que la educación en Grecia adquiriera un carácter institucional, sin que desaparecieran de la escena los tutores para los futuros hombres de Estado. La educación se ofrecía y exigía por períodos, en escuelas adecuadas para cada oficio, en las cuales aparecieron los maestros. Primero, estaba la palestra, el espacio para la actividad deportiva bajo la dirección de un maestro diestro y con gran experiencia en la materia: el *paidotriba*. Después de esta actividad, a los estudiantes les gustaba ir adonde el citarista, pues la música iba muy acorde con el manejo y destreza del cuerpo. Luego, la *didaskaleia* donde se aprendía a leer y escribir con la ayuda de un maestro, y, por último, el *gimnasio*, donde además de seguir practicando deportes se relacionaba a los estudiantes con la filología. En este sentido, lo que había nacido de forma natural como estilo de vida, como lo propiamente cultural, se implantaba ahora, conscientemente, como lo más necesario y relevante para democratizar y humanizar al resto de los hombres.

La genialidad de esta educación residía en la importancia que se concedía a la formación artística: "Gimnasia para el cuerpo y música para el alma", como decía Platón. Se enseñaba de todo, pues el ideal de hombre era un ser integral: astronomía, aritmética, geometría, oratoria, retórica, elocuencia, música, literatura, filosofía. No existía especialización en ninguna materia. La *paideia* transcurría en un ciclo a lo largo de la cultura tradicional que todo griego culto sabía cumplir. Si algo llegaba a faltar era síntoma de mutilación, de algo no cumplido, que se requería para la armonía espiritual y era indispensable para el trato con los demás hombres y con el resto del universo. Una vez que los jóvenes griegos sobrepasaban esta etapa, como de enseñanza básica, cuando llegaban a los dieciocho años prestaban el servicio militar por espacio de dos años, en el caso de Atenas, y hasta los treinta años, en el caso de Esparta, por tratarse de algo propio de su condición guerrera. Este servicio era la Efebía, que servía de puerta para la edad adulta y tenía carácter obligatorio. Además de preparar para las necesidades de la guerra, servía para recordar aquel pasado heroico y glorioso tan próximo a la vida y propio de la cultura.

En Grecia, la vida en sí misma era dignificante, si observamos el entorno bárbaro en que se desarrolló; pero la educación significaba la entrada a un medio superior de cultura, a sus magnos ideales religiosos. Aquellos hombres cultivaron y potenciaron cierto individualismo, propio de los ideales más sagrados y edificantes de la gran cultura que habían heredado, y por eso fueron en realidad hombres prototipos de vanguardia. La educación buscaba templar el alma para las dificultades de la vida y al mismo tiempo desarrollar el destino propio de cada individuo como guerrero, líder político, consejero o filósofo. El desempeño en cualquier actividad propia de la nobleza aristocrática era concebido como el cumplimiento de una misión impuesta por los dioses, como un sino que necesitaba realizarse en el individuo y a la vez trascender y consumarse en la humanidad, y sublimarse en la cultura.

Una diferencia esencial del pueblo griego fue el haber conquistado, mediante la educación, el alma y el corazón del hombre como condición para garantizar la superioridad de una estirpe aristocrática. Mientras al esclavo se le asignaba una labor, un oficio manual propio de plebeyos, al héroe y al hombre ideal de esta raza se le había cautivado su conciencia, mediante la idea de que su vida tenía una demanda, un llamado divino, un destino glorioso y portentoso por alcanzar. Así, no hay lugar para temor alguno en el alma del griego; al contrario, sea cual sea su destino es expresión de un sino divino, del cumplimiento con el deber y la responsabilidad que le han sido encomendados. Avanzar sin miramientos, sin cautela, por paradójico

que parezca, era estar en pos del destino. **Nacer** y **deber** parecen términos sinónimos en la educación del joven griego; cosas equivalentes ser aceptado para vivir y para cumplir con un designio, como si se hubiera sido elegido por los dioses para materializar y enaltecer una misión sagrada. Comprender y tomar así el destino era así mismo una forma de agradecer a los dioses por la oportunidad de vivir, de ser y procurar un objetivo, aunque fuera el más fantástico. Pues, en las palabras del sabio Sileno, "lo único imposible en esta vida es no haber nacido."

Crafia

Bibliografía

- Homero, *Iliada*, Espasa-calpe, Madrid, 1985.
- Hesiodo, *Los Trabajos y Los Días*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985.
- Marrou, Henri-irenée, *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Platón, *Diálogos socráticos*, Ediciones Jackson Inc., Buenos Aires, 1950.
- Demóstenes y otros Oradores, en *Grandes Discursos*, Buenos Aires, Ed. Jackson, 1950.

